

# David Martín del Campo

## 260. capítulo de una novela urbana inexistente

Para Alfredo Garcimarrero y  
Juan Villagómez Tixoc.

El autor estaba por cumplir 30 años. Qué mejor que celebrarlo con un par de Black & White, robadas en la inauguración —reinauguración— de la Cineteca Nacional.

—Whisky, escocés; de lo último que llegó antes de que López Portillo nacionalizara los paladares de la nación —previno Bruno Carrasco al romper el sello de estaño en la boca de la botella.

Félix Piedra, apoltronado ya en el sofá de la sala, preguntó, al tiempo que alzaba el manoseado ejemplar de *La región más transparente*: —¿Y esto?

—Una relectura necesaria —contestó el novelista anfitrión.

—“Somos la continuación de las generaciones precedentes”, dijo, anoche, Octavio Paz en mi casa. . . en el canal ocho (cultura en televisión), quiero decir —precisó Carrasco.

Félix había servido un par de escoceses en las rocas. Ofreció uno al autor y dijo:

—Entonces el literato sigue varado en su engendro.

El autor deglutió con placidez un sorbo corto, el primero:

—Literata tu abuela —dijo después—, yo soy un simple escritor que no puede avanzar con su novela.

—¿De qué tratará? —preguntó, con elegancia, Carrasco.

—¿De qué más puede tratar? De la ciudad, de sus habitantes, de nosotros. No puedo escribir la novela de Quetzalcóatl encadenado. . .

Carrasco sirvió medio vaso de whisky y, desde la mesa, propuso:

—Muy cierto, maestro. ¿De qué más podemos hablar si no es de nosotros mismos y nuestra circunstancia? Flaco favor ya hicieron al país David H. Lawrence, Malcolm Lowry y, muy a su pesar, Graham Green con sus libritos sobre la patria, ¿verdad? Puras visiones folclorizantes de indios estúpidos, caciques matones y un destino rete jodido. Ya es

*David Martín del Campo* (México) hizo la licenciatura de periodismo en la UNAM y ha viajado por Europa como corresponsal de *UnomásUno*. Publicó dos novelas: *Las rojas son las carreteras* y *Esta tierra del amor*.

tiempo de que los mejores hijos de nuestra pacifista y confiable clase media hagan sus novelitas... si no, ¿para qué los inventó el Régimen de la Revolución?

—Gracias —dijo el autor.

—No, en verdad —insistió Carrasco con el Black & White entre las manos—. Los novelistas de este fin de siglo irremediablemente van a seguir escribiendo desde su no-clase social. En este país han ocurrido un par de hechos importantísimos que tienen sus correspondientes cronistas: la GUERRA (Mariano Azuela, Martín Luis Guzmán, Mauricio Magdaleno) y la PAZ (Carlos Fuentes, José Revueltas, Agustín Yáñez, aunque también Juan José Arreola y Vicente Leñero). En esta balanza de la violencia frente al progreso, quedaría como recio fiel Juan Rulfo.

—Bonita imagen —dijo Félix mientras miraba su reloj—. Yo pondría en ese (como tú llamas) fiel de la balanza, a Miguel Alemán y el nacimiento del nuevo orden. Acabada la epopeya, muere también su mitología. Artemio Cruz aparecerá, entonces, como protagonista ejemplar de la moderna saga de esta segunda mitad de siglo: la corrupción institucional.

El autor, quien tomaba algunas notas en la cubierta de un *Proceso*, admitió con cierto consuelo:

—Pero ese “nuevo orden” se rompió en 1968...

—¡Por eso mismo! —enfaticó Carrasco—. Con Miguel Alemán concluye la hegemonía temática de la Revolución de los Campesinos. ¿No publica en 1955 la primera edición de *Pedro Páramo*? Surge entonces el “nuevo orden”, el de la administración de los licenciados que se han domiciliado en el D. F. Sólo que este país, que ha abandonado el autoconsumo de la violencia militar de facciones en su novelística, y que propone obras de repercusión o ambición cosmopolita (*José Trigo*, de Fernando del Paso, en 1966; *Farabeuf*, de Salvador Elizondo, en 1965; *Los albañiles*, de Vicente Leñero, en 1964; *Ojerosa y pintada*, de Agustín Yáñez, en 1959; o la ya clásica *Región más transparente*, de Carlos Fuentes, en 1958; entra al periodo del “nuevo desorden” en 1968, con la bendición de Díaz Ordaz y la CIA. Entonces despierta convertido (luego del estupor) en un país que sabe que tiene clases sociales pero no democracia, que sabe que es Latinoamérica, que se sabe dependiente, ocupado idiosincráticamente. Un país pobre, pero con remedio.

—El 68 también le dio en la madre a la “onda” —dijo, luego de un silencioso lapso, Félix Piedra.

—Antes del 68, José Agustín escribe *De perfil*; después, *Final en Laguna*. Antes del 68, Gerardo de la Torre escribe la colección de cuentos *El otro diluvio*; después, *Muertes de Aurora*. Antes del 68, Gustavo Sáinz escribe *Gazapo*; después, *Compadre lobo*. Antes del 68, Agustín Ramos, el de *La vida no vale nada*; Arturo Azuela, el del *Tamaño del Infierno*; Guillermo Samperio, el de los cuentos *Lenin en el fútbol*; María Luisa Puga; Federico Campbell; Jesús Gardea; Daniel Sada; Juan Villoro, no habían escrito (o publicado) nada —enumeró Bruno Carrasco, luego de

lo cual fue al trastero del departamento, donde sirvió otro medio vaso de licor. Miró con ternura al par de perritos terrier en la etiqueta de la botella.

Volvió a la sala, y observó que el autor había medio llenado la portada de la revista con garabatos.

—¿Cazando notas? —preguntó.

El autor tardó en responder; hizo un ademán indicando que le acercara la botella.

—Los novelistas somos como los gorriones, pájaros inofensivos que andamos en todas partes, cazadores de historias, como ya verán, cabrones —amenazó envalentonado por el trago—: los voy a hacer mis personajes.

—¡Uy, Dios!, no nos vayas a mear, gallina —rió Félix Piedra con incredulidad—. ¿Y dónde se atora tu novela? —preguntó al anfitrión.

—Yo creo que hay obras superfluas y obras necesarias. Quiero hacer una novela necesaria, aunque no sabría responder qué es eso.

—Todas las novelas son superfluas —acusó, desde el rincón, Félix.

—¿La novela de quiénes, la novela de cuándo, la novela de dónde? —preguntó a su vez Carrasco.

El autor propuso de un tirón:

—La novela de nosotros los jodidos sin ideales, la novela del echeverrismo y la petrolización nacional, la novela del D. F. y su paulatina destrucción.

—Bueno, en ese caso, habría que aportar unos datos para sustentar tu excedida tesis —previno Carrasco—. En 1915, cuando Mariano Azuela publica *Los de abajo*, unos 10 millones de mexicanos vivían en comunidades de menos de 2 mil 500 habitantes; esto es, que el 70 por ciento de la población era campesina, rural. En 1952, cuando Miguel Alemán ("Mister Amigo") abandona la presidencia, el país tiene más de 15 millones de pobladores rurales, el 57 por ciento del total, y Juan Rulfo está concluyendo *El llano en llamas*. En 1979, en que simultáneamente aparecen *A cielo por asalto*, de Agustín Ramos, y *El vampiro de la colonia Roma*, de Luis Zapata, existen 23 millones de mexicanos rurales frente a 45 millones de habitantes más o menos ciudadanos; esto es, que más del 65 por ciento de la población nacional es urbana ya, y que el modelo de crecimiento industrial, a partir de la rapiña contra la economía campesina, ha triunfado. La Ciudad de México (ese monstruo centralista y ecocida llamado Distrito Federal y su zona conurbada) acoge a unos 14 ó 16 millones de personas; Guadalajara y Monterrey son urbes millonarias; Mexicali, Chihuahua, Puebla, San Luis Potosí, Mérida, Acapulco, Ciudad Juárez, León, Tampico, Tijuana, Torreón y Veracruz están por llegar o superan el medio millón de habitantes. . .

—¿Y? —cuestionó prolijo Félix al escanciar el segundo vaso de escocés auténtico.

—Es el desafío que hay que asumir. Hacer la síntesis, la integración, la continuación (en su mejor significado) de la obra de Lewis. . .

—¿Lewis? —gruñó Bruno.

—Oscar Lewis —prosiguió el autor—, y también Fernando Benítez, Juan Rulfo, José Revueltas, Agustín Yáñez. . .

—Yáñez, no —insistió Bruno Carrasco—, le quedó grande la ciudad. La novela urbana contemporánea, la del “nuevo orden”, se inaugura con el joven Fuentes, cuando la epopeya de los campesinos iracundos se ha convertido ya en el religioso peregrinar de ejidatarios a las delegaciones estatales de la Reforma Agraria. La novela del “nuevo desorden” se inicia con *Los días y los años* de Luis González de Alba, con *La noche de Tlatelolco* de Elena Poniatowska, y también, por qué no. . .

—*La noche de Tlatelolco* no es novela —advirtió el autor.

—Pero tú sí eres un realista unívoco, pinche John Doss Pasos de petatiux —dijo Carrasco, medio borracho, para continuar— . . . y también son puntales de la novelística del “nuevo desorden” *El gran solitario de Palacio*, de René Avilés Fabila; *Con él, conmigo, con nosotros tres*, de María Luisa Mendoza; *Chin Chin, el teporocho*, de Armando Ramírez; *Los símbolos transparentes*, de Gonzalo Martré; *La plaza*, de Luis Spota; *El evangelio según Lucas Gavilán*, de Vicente Leñero; *Ensayo general*, de Gerardo de la Torre; *Palinuro de México*, de Fernando del Paso. Para todos ellos, Revueltas significó un factor de premonición. Alguien que se les adelantó 15 años. Ser novelista hoy en México es, desde cualquier punto de vista, estar con José Revueltas o contra él.

—¡Ay, novela mexicana!: tan cerca de Revueltas y tan lejos de Paz —recitó con falsedad Félix Piedra.

—Qué riesgosas afirmaciones —comentó el autor al llegar con la última canana de hielitos.

El autor releó las notas que había hecho en la portada de la revista, tomó asiento con parsimonia y aseveró:

—Lo que yo creo es que, en este esquema del “nuevo desorden”, propuesto por Bruno, hay varios asuntos y dilemas que están siendo incorporados necesariamente en las mejores novelas contemporáneas. Para apuntar algunos, están: 1) el nuevo paisaje urbano, el crecimiento y la destrucción de las antiguas ciudades. . . ahí está lo más reciente de Leñero: *La gota de agua*. 2) La ciudad como personaje vivo, latente, humanizado. Acapulco, por ejemplo, en la obra de Ricardo Garibay. 3) La calle como tránsito elemental, igualador, de los ciudadanos; sitio donde los personajes se encuentran, aman y devoran. . . un poco lo que ocurre con *Violeta-Perú*, de Luis Arturo Ramos. 4) El apunte de las fronteras mágicas de la ciudad, como hizo Arturo Azuela con su *Un tal José Salomé*. 5) El reconocimiento de que en México *el D. F.* es la ciudad por antonomasia. ¿Dónde están las novelas de Coatzacoalcos, Morelia, Culiacán? Tijuana sí tiene registro con las dos novelas de Federico Campbell. 6) El retrato de las llamadas “capas sociales”, ¿cómo se forman y deforman la nueva burguesía, el nuevo proletariado? ¿Cómo bullen las fantasías de la clase media? *Las genealogías*, de Margo Glantz o *Fábrica de conciencias descompuestas*, de Gerardo María, podrían ejemplificarlo. 7) La transcripción de los lenguajes urbanos, de las hablas de los barrios. ¿Cómo se habla y piensa en Monterrey, en Veracruz, en Ciudad Neza? Por ahí anda

la ya famosa novela inédita de Emiliano Pérez Cruz. . . ¿cuándo la editarán? 8) La revaluación del trabajo testimonial, de cronista puntilloso frente a los hechos que se van configurando como "históricos". Ahí están *Los periodistas*, de Vicente Leñero. 9) La defensa orgullosa del modo de vida mexicano, si es que eso significa algo. Enfrentar la expresión nacional ante la propagandísticamente llamada "cultura extranjerizante". Poner un bordo contra la desnacionalización, como hace Ricardo Garibay en sus *Diálogos mexicanos*; o más aún, intentar avanzadas críticas, descolonizantes, desde un punto de vista mexicano en el extranjero, como hace María Luisa Puga en *Las posibilidades del odio*, o José Agustín en su exitosa *Ciudades desiertas*. 10) Mientras dure, hacer el relato de la masiva inmigración descampesinada, arribista, ascencista y arrebatista, un poco a lo Jesusa de *Hasta no verte, Jesús mío*, de Elena Poniatowska. 11) La referencia al humor crudo, cínico, descarado y desenmascarador; como las novelas de Jorge Ibarguengoitia; o el reporte de la violencia política, un poco a lo *¿Por qué no dijiste todo?*, de Salvador Castañeda, o *La cabeza de la hidra*, de Carlos Fuentes. 12) La nueva mujer, la irrupción del feminismo, la crisis moderna de la pareja, la revolución de la intimidad, como hacen Silvia Molina en *La mañana debe seguir gris*, o Jaime del Palacio en *Parejas*.

—¿Nada más? —preguntó Bruno, tras sorber el fondo de su vaso—. Hablaste como Alfaro Siqueiros. En tu visión muralista sólo te faltó decir: "No hay más ruta que la nuestra".

—A lo mejor —reconoció el autor en un bostezo.

—Estás jodido —insistió Bruno Carrasco.

—En todo caso —propuso Félix, luego de mirar su reloj—, el contexto urbano contemporáneo de México es riquísimo, como nunca antes (siempre se dice esto), pero "desordenado", como dice Bruno, y no invita más que al fatalismo, la desesperanza, el sentimiento catastrofista. Y peor con los nuevos novelistas, todos ateos, todos de izquierda, todos entremilladamente comprometidos. . .

Medio alcoholizado, o más que eso, Félix Piedra se plantó frente al ventanal que daba a la calle; a avenida Patriotismo, tres pisos abajo. Le hubiera gustado mirar a una mujer desnuda que paseara en biciceta bajo el sol veraniego, pero ese día el esmog era particularmente espeso, sentía picazón en los ojos. Descubrió a un par de gorriones que se desentumían en los alambres del teléfono.

—Pues sí que están fregados ustedes los novelistas —dijo—; son unos dioses frustrados, perseguidos por las virtudes liberales: igualdad, libertad y fraternidad. No pueden jugar con finales felices, y atestiguar el presente les resulta demasiado crudo, no les deja revisar el pasado ni ensñar el futuro. Yo creo que por eso son tan solitarios, pobretones y borrachos.

—De haberlo sabido antes —continuó Carrasco—, la hubieras pensado tres veces. . . pero no te preocupes, maestro; después de los 30 años es imposible cambiar.

—Salud —invitó el autor.

—Salud.